

ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Animales y rarezas para rato

En los relatos del uruguayo Felisberto Hernández que aquí se reúnen, como en casi toda su obra narrativa, el lector no encontrará conexiones lógicas que organicen los dichos, pensamientos, acciones, recuerdos y sentimientos.

Los puentes asociativos, las vinculaciones y las proximidades conducen a realidades imaginarias y a veces no tanto por la insistente actitud autobiográfica de quien cuenta. Pero siempre son hechos o sucesos sorprendentes, raros, anómalos, diferentes a lo esperado, ensoñados o meticulosamente memoriosos y transgresores.

Diríamos que se trata de todo un menú para la renovación, la incertidumbre y el desconcierto que no afecta la originalidad, el humorismo, el interés que provoca la trama y los rasgos fantásticos y oníricos. Tampoco falta un sentimiento o estado de extrañamiento o malestar del yo con la realidad y su suerte individual de pianista y narrador. Un malestar que se acompasa muy bien con todo lo posmoderno, que tiene vasos comunicantes con Roberto Arlt, Macedonio Fernández y Julio Cortázar.

Es comprensible que en estos textos resulte alterada la linealidad del tiempo tanto como la representación de una realidad que se vuelve poética. También resulta alterado el discurso narrativo convencional, su espacialidad y también el léxico. Conviene tener en cuenta que Felisberto Hernández, mucho antes del coloquialismo, incluyó algunas formas del habla rioplatense.

Podemos pensar que su obra, que ya tiene algunas características de los clásicos, nos asegura por un buen tiempo la presencia de animales-personajes, de sus representaciones y de rarezas como las del fumador de "Mur" (1948).

El modo peculiar de fumar del personaje que da el título al cuento citado parece recordar y traer a cuenta el dicho "Fuma como un murciélago". Sin embargo, el sobrenombre "Mur", la primera sílaba de murciélago, lo tiene por el miedo de que le entre uno por la ventana.

Algunas figuras de animales adquieren particular intensidad por la ideación misma del narrador. Es el caso de "La mujer parecida a mí" (1947):

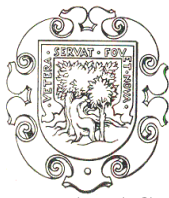
Hace algunos veranos empecé a tener la idea de que yo había sido caballo.[...] Yo iba arropado en mi carne cansada y me dolían las articulaciones próximas a los cascós. A veces olvidaba la combinación de mis manos con mis patas traseras, daba un traspiés y estaba a punto de caerme.

No solo el lenguaje aproxima la animalidad a la humanidad, sino que además la atribución de pensamientos, sentimientos y conductas resulta decisoria para diversos grados de animación y de personificación. A modo de sencillo ejemplo es el caso de este personaje que como caballo de pronto piensa en algo que le pasó "cuando todavía era hombre".

En varias oportunidades la aproximación entre estos seres es muy intensa y está promovida e intensificada por transformaciones fantásticas. A veces son formas narrativas de escape o evasión, pero en otras oportunidades el lector verá que son cambios parciales, como en el caso de "El acomodador" (1947) donde el personaje empieza a proyectar luz de sus ojos que resultan como linternas.

En "El corazón verde" (1947) hay un ñandú que camina entre las mesas de un bar adonde va el protagonista luego de haber dado su primer concierto. El ñandú le arrebató de las manos el alfiler de corbata y se lo traga. El alfiler, con su piedra verde con forma de corazón, había sido regalo de su abuela, en tiempos del tranvía a caballo. Con él, al principio del relato, había pinchado los ojos de los quintillizos de una foto, en un diario con el que recubría la mesa de su cuarto de hospedaje. Y por añadidura había recuperado el alfiler hacía poco, luego de haberlo empeñado por necesidad.

El mozo del café es el que da cierta animación humorística al ñandú y asegura su buena disposición para devolver todo cuanto traga. Pero en este caso su función justiciera y castigadora queda latente.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La ilación o el tejido textual de los relatos se integra a los contenidos que por lo común son del pasado. El recuerdo y los mecanismos del recordar hacen que el texto también sea dubitativo, discontinuo, fragmentario. Por ello los relatos agregan cierta laxitud y porosidad, también penumbras, silencios o elipsis narrativas.

Todo lo dicho no impide la presencia más o menos agazapada del autor, en la voz y en el pensamiento del protagonista-narrador de estos cuentos. Tampoco desplaza las descripciones de lo que le revela su mirada, casi táctil, por la que también va y viene el deseo y asoma la angustia.

En alguna oportunidad el lector experimentará efectos similares a los del cine o al menos de una "linterna mágica" que aquí funciona a través de la escritura relativa a la mirada.

Justamente hay pasajes en los que en la mirada y en sus focalizaciones aparecen las del niño que fue el narrador. En otras ocasiones la mirada infantil parece permanecer emboscada o estar detrás de la condescendencia del narrador.

Esta particularidad está determinada, en nuestra opinión, por la subjetividad de la que se trata, por la atmósfera de los cuentos y por una búsqueda "inocente" de lo otro, de lo desconocido y especialmente de lo que resulta misterioso y acaso prohibido en los ámbitos familiares de época.

También la mirada puede colaborar para compensar la angustia -como ya se adelantó- o sus asomos, especialmente la vinculada a las condiciones de vida, de trabajo y de sustento.

En el primer párrafo de "El cocodrilo" (1949), donde el narrador hace consideraciones sobre su vida como pianista, dice:

Yo sabía aislar las horas de felicidad y encerrarme en ellas; primero robaba con los ojos cualquier cosa descuidada de la calle o del interior de las casas y después la llevaba a mi soledad.

Es posible ver en este pasaje una expresión de la timidez y un testimonio del movimiento afectivo de repliegue del narrador en sí mismo. Por lo tanto lo subjetivo es donde se instala el sujeto y su singularidad inconfundible.

Estamos en presencia de la narrativa de un gran curioso que tenía una visión estética de la realidad, que parece escapar lúdicamente de la frustración y dialogar reflexivamente con su psiquismo.

Si observamos con atención veremos que siempre la suerte del protagonista está malograda por alguien o algo inoportuno que desbarata sus posibilidades o el logro de sus deseos. A veces es una ocurrencia, un hecho imprevisto, otro personaje atildado que irrumpe en la acción, o es la casualidad o el propio yo que, con sus necesidades insatisfechas, sus ambigüedades y ambivalencias, literalmente se "despista" como si quisiera salirse de la página. El acontecimiento desborda, provoca un desplazamiento, una deriva o una digresión y el relato se sale -por de pronto- del rumbo que tenía.

No es de extrañar esta intensa derivación porque la construcción de recuerdos es en sí misma un desplazamiento, un trabajo con continuos agregados e invenciones. Hay deriva porque si bien el creador abandona las coordenadas tradicionales, no se aparta del todo del realismo literario y así prosperan las semejanzas en su imaginación.

Hay deslizamiento asimismo porque el deseo erótico con sus pulsiones se acompaña -como es sabido- con el temor y la culpa y conduce a sustituciones y equivalencias.

Como se verá en esta antología el referido deseo y sus mecanismos constituyen una fuente constante de creación y de acotaciones de diverso tipo. Seguramente también impresionará como una zona de continua insatisfacción.

En realidad, todo deriva porque hay una latente ideación que tiene los fantasmas de seres y de cosas. Esos fantasmas podrían ser lo otro y quizá lo más verdadero.

Todo va como una navegación por el recuerdo y la fantasía porque no hay nada más dinámico que el pensamiento, que el psiquismo, que la propia vida aunque esté marcada por repeticiones y rutinas. Todo se desliza porque siendo la escritura lo más personal, en este caso lleva en sí los secretos del yo y muestra los artilugios del hablante.

Hay derivación porque la escritura es en sí una aspiración no enteramente lograda, es algo que resulta diferente a lo que fue la voluntad o intención inicial, algo que entre palabras y expresiones puede dejar ver "el destino", el otro yo, un socio, otro nivel del pasado, una cadena de imágenes, algo que reclama ser comparado, o que muestra rasgos ocultos hasta ese momento y probablemente poco confesables.



**ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS**

En este conjunto de textos narrativos el lector encontrará renovados intereses, actualidades (aunque no políticas) y montajes de diverso tipo que parecen venir del cine. Costumbres, comportamientos, ideas y valores que pertenecen a nuestra idiosincrasia. Hay evocación de barrios, calles y lugares de Uruguay y de Argentina, especialmente del Litoral. Hay morosidades y ligeras perturbaciones, pero, ante todo, el lector se encontrará con la oportunidad de renovar el placer de una literatura que es una fiesta.

Ricardo Pallares

Premio. En: Hernández Felisberto. *Cuentos con animales y rarezas*. (Antología)
Editorial detodoslosmares. Córdoba. (Argentina) 2020